

Un vistazo a los cubos de basura de la nación

Autor(en): **Lettau, Marc**

Objekttyp: **Article**

Zeitschrift: **Panorama suizo : revista para los Suizos en el extranjero**

Band (Jahr): **41 (2014)**

Heft 1

PDF erstellt am: **15.08.2024**

Persistenter Link: <https://doi.org/10.5169/seals-908322>

Nutzungsbedingungen

Die ETH-Bibliothek ist Anbieterin der digitalisierten Zeitschriften. Sie besitzt keine Urheberrechte an den Inhalten der Zeitschriften. Die Rechte liegen in der Regel bei den Herausgebern.

Die auf der Plattform e-periodica veröffentlichten Dokumente stehen für nicht-kommerzielle Zwecke in Lehre und Forschung sowie für die private Nutzung frei zur Verfügung. Einzelne Dateien oder Ausdrucke aus diesem Angebot können zusammen mit diesen Nutzungsbedingungen und den korrekten Herkunftsbezeichnungen weitergegeben werden.

Das Veröffentlichen von Bildern in Print- und Online-Publikationen ist nur mit vorheriger Genehmigung der Rechteinhaber erlaubt. Die systematische Speicherung von Teilen des elektronischen Angebots auf anderen Servern bedarf ebenfalls des schriftlichen Einverständnisses der Rechteinhaber.

Haftungsausschluss

Alle Angaben erfolgen ohne Gewähr für Vollständigkeit oder Richtigkeit. Es wird keine Haftung übernommen für Schäden durch die Verwendung von Informationen aus diesem Online-Angebot oder durch das Fehlen von Informationen. Dies gilt auch für Inhalte Dritter, die über dieses Angebot zugänglich sind.

Un vistazo a los cubos de basura de la nación

Los suizos reciclan mucho. Su comportamiento es ejemplar, pero un vistazo a los cubos de basura de la nación desvela que a medida que suben los sueldos aumenta la riqueza y, con ella, la montaña de basura. Y la gigantesca cantidad de productos comestibles que acaba en la basura es un problema ético y moral. Por Marc Lettau

Pongamos por caso una familia llamada Zuber. Los cuatro miembros – los padres y dos adolescentes – nutren la imagen de la pulcra Suiza. En casa de los Zuber la basura siempre se tira correctamente en el basurero, y participan metódicamente en un deporte popular suizo, el del reciclaje. Muy escrupulosamente llevan el cristal y las latas vacías a las botellas de plástico, también las baterías, las botellas de plástico y la ropa vieja. Siempre se ve a los Zuber llevar las peladuras al compost del barrio. Estas «islas» de la vida cotidiana urbana son una intersección entre la pulcra y la pragmática Suiza: a principios del verano, el barrio se reúne aquí para «dividir el compost». De los desechos orgánicos surge una tierra gruesa, ideal para geranios o para los huertos, y se reparte gratuitamente.

Pero ésta no es la descripción completa de la vida cotidiana de los Zuber en lo relativo a la basura. Ellos hacen cada año fardos de casi 700 kg de papel y los lleva al punto de recogida para reciclarlo. En total, los cuatro dan anualmente 1,4 toneladas de material a la economía del reciclaje. Otras 1,4 toneladas de desechos domésticos acaban en el cubo de la basura. Para quien lo quiera saber con más detalle: por persona se eliminan cada año en Suiza 347 kg de basura y 346 kg de desechos domésticos (2012). Además de los detalles sobre los Zuber, aquí los estadísticos: en Suiza se recicla el 97% del papel. De 100 botellas de cristal, se reciclan 96. Se obtienen buenos resultados en la recogida del aluminio (92%) y la hojalata (86%). También es satisfactoria la devolución de botellas de plástico (81%) y de baterías (73%).

De los vertederos sale el veneno

Cabe señalar como un hecho importante que en el marco del sistema de tratamiento de la basura en Suiza los residuos domésticos no se depositan en vertederos sino que se incineran en plantas especializadas. Desde el año 2000 están prohibidos los vertederos de desechos incinerables. En los vertederos se almacenan sólo los restos de los

desechos incinerados, la escoria. El paso de los vertederos a la incineración fue un crucial cambio de rumbo de la política medioambiental. Michel Monteil, jefe del Departamento de Desechos y Materias Primas de la Oficina Federal del Medio Ambiente (OFMA) sabe que el profano saca otras conclusiones al ver los vapores sobre las chimeneas de las plantas de incineración de basuras, asociadas a la contaminación atmosférica. Pero los vertederos son más problemáticos por su influencia sobre el clima: «Suiza rechazó los vertederos porque de ellos salía el gas metano, muy perjudicial para el medio ambiente», dice Monteil. El metano se forma, entre otras cosas, por los desechos de plástico que desencadenan reacciones

químicas en los vertederos. En comparación el CO₂, generado en la incineración de basuras, es inofensivo – pero sólo porque las plantas suizas de incineración de residuos urbanos (PIRU) disponen de sofisticados dispositivos de filtrado que retienen las sustancias contaminantes. Monteil dice que los vertederos también son perjudiciales porque en los convencionales a menudo se filtran aguas residuales contaminadas. Si sólo se deposita la escoria tras la incineración, los riesgos para las aguas en general y las aguas subterráneas son mucho menores: «La decisión de apostar por la incineración se hizo en favor del clima y la protección de las aguas». Esta fue la decisión de un país con pocos recursos naturales, para utilizar toda la ener-

gía de la basura. Y es que las PIRU son un gigantesco proveedor de energía. Con el calor desprendido se calientan barrios enteros. Además, estas plantas producen electricidad que alimenta la red. Hoy, esta electricidad cubre cerca del 3% de las necesidades totales de Suiza. «Usando la energía de la basura en la incineración, se descarga a otros proveedores de energía», dice Monteil.

Mineros en la montaña de basura

En Suiza hay muy pocos mendigos que buscan algo aprovechable en los cubos de basura. No obstante, eschar en la basura es algo cotidiano en este país alpino, pero de forma técnicamente muy refinada – y ennoblecida por la denominación de «urban mining» o minería urbana. Por ejemplo, en el Centro para el Aprovechamiento Sostenible de Residuos y Recursos de Hinwil, en Zürich, se buscan minuciosamente, con una larga maquinaria, restos de la escoria en las PIRU, en forma de pequeños granulos. Potentes imanes extraen primero el hierro de la escoria. Luego se criba el resto de los metales. Al final del complejo proceso de estas plantas flu-

yen aluminio y una fina mezcla de cobre, plata, zinc, plomo y oro en los recipientes de recogida. La recuperación de cobre es especialmente productiva: en las basuras suizas hay anualmente tanto cobre como en una mina de cobre rentable. Y por los elevados precios de mercado de los metales, el «urban mining» es una mina de oro para los recicladores de residuos – también literalmente. Se calcula que a los cubos de basura suizos se tiran cada año de 150 a 250 kg de oro en minúsculas porciones, por ejemplo debido a que muchos aparatos electrónicos contienen pequeñas cantidades de oro. Entretanto se puede recuperar cerca de un 15% de este «oro de desecho».

Los zuriqueses no son los únicos mineros de la basura de Suiza. Todas las PIRU de Suiza buscan metales extraídos de la escoria. La búsqueda de metales convierte a las plantas en lugares más limpios: hoy se pueden extraer, incluso de los fangos filtrantes de las plantas de depuración de gases de escape, grandes cantidades de zinc. El ácido clorhídrico necesario para este proceso procede asimismo de esta planta. Según Michel Monteil esto es una suerte: «Antes, los ácidos que se desprenden en la incineración eran un problema para las PIRU. Hoy son los productos químicos imprescindibles para recuperar valiosos metales. Esto es «minería urbana» llevada a sus últimos extremos».

Un éxito tan rotundo impulsa a los mineros de las basuras a seguir soñando. A largo plazo quieren liberar totalmente a la escoria de metales pesados. «Si lo logramos, la escoria será la base de materiales de construcción», dice Monteil. Esto significaría que después casi no habría que verter escoria en los vertederos. Los desechos domésticos que los Zuber dejan cada semana en la calle en bolsas formarían parte casi al 100% de un circuito cerrado. No obstante, Monteil reconoce que aún queda «mucho por hacer» hasta aplicar tales visiones.

El sueldo aumenta, la montaña crece

Así pues, mineros de gran éxito rastrean las montañas de basura y las convierten en dinero. Y en todas partes la gente contribuye en su vida cotidiana a que, entretanto, en Suiza algo más de la mitad de todos los desechos se reciclen. Pesc a todo, no se trata sólo de fatuas alegrías. Sobre todo una creciente tendencia que se observa ahora es lamentable: cada vez se rastrean mejor las montañas de basura en busca de algo apro-

vechable, pero éstas crecen de año en año. De 1970 a hoy, la cantidad de residuos por persona se ha duplicado con creces. Llama la atención la relación directa entre la prosperidad y las montañas de basura. La cantidad de residuos discurre paralelamente al PIB. Cuanto más dinero tienen los suizos, más basura producen. Según Michel Monteil, «en Suiza todavía no hemos logrado disminuir la prosperidad del consumo. Aún rige la norma de que cuanto mejor nos va, más consumimos».

Especialidades gastronómicas del contenedor de la basura

Cambio de escenario. En la ciudad de Zug, donde vive un porcentaje especialmente elevado de ricos, la rubia Lotta Wyss busca algo comestible en los contenedores de basura de los supermercados. Desde hace dos años, esta joven de 19 años repesa en su tiempo libre verdura, fruta y pan en la basura. Lotta Wyss no es una indigente, sólo una persona comprometida políticamente. A sus acciones la llama «callada protesta contra la sociedad del despilfarro». Lo que recoge de los contenedores, afirma, son «productos de alimentación en perfecto estado». Las fechas de caducidad habituales en Suiza para los alimentos conducen, según ella, a tirar a la basura demasiados aún comestibles.

Lotta Wyss llama la atención a su manera sobre un tema que no se planteó en serio en Suiza hasta 2011. Aquel año, la FAO, la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura, sobresaltó a las autoridades al constatar que, en Europa, un tercio de los alimentos producidos para el consumo humano se tiraba a la basura. En 2012, el WWF hizo otro estudio sobre las pérdidas de productos de alimentación en Suiza, en el que calculaba que, año tras año, a lo largo de toda la cadena alimentaria se tiran a la basura dos millones de toneladas de alimentos en perfecto estado.

Trabajos de investigación de la Universidad de Basilea (João Almeida) y la ETH (Claudio Beretta) proporcionan los datos en los que también la Suiza oficial se basa hoy. La conclusión más sorprendente es que los mayores infractores son los consumidores. Los hogares suizos no economizan mucho en comida y de ellos procede el 45% de todos los alimentos que se tiran. En casa de los Zuber, más de 400 kg de alimentos acaban anualmente en la basura en vez del estómago. El WWF dice que, en Suiza, se tira,



En 1897, el ingeniero zuriqueses Jakob Öchsner inventó un vehículo para transportar basura sin levantar polvo, más tarde, los legendarios cubos de basura

por persona y día, una comida ligera de 320 gramos. Un 30% de las pérdidas procede de la industria alimentaria, que, en parte por la rigidez de los criterios estéticos y de selección en general, rechaza las frutas y verduras demasiado grandes, las demasiado pequeñas y las amorfas. Sin embargo los minoristas tiran poca comida.

Moralmente preocupante

«Para producir todos los alimentos que nunca se llegan a comer en Suiza se necesita – en base a estándares de producción suizos – una superficie de cultivo de unos 3500 km²», dice Corina Gyssler, responsable mediática del WWF Suiza. En vista de esas magnitudes, también los expertos de la Oficina Federal de Agricultura (OFAG) hablan de un problema serio. Según Vinzenz Jung y Werner Harder, de la OFAG, el derroche de alimentos es preocupante ecológica y moralmente. Y Harder asegura:

EL ICONO SUIZO DE LA BASURA

La reputación de Suiza como nación especialmente pulcra está directamente relacionada con la regulación de la eliminación de residuos a finales del siglo XIX. En 1897, el ingeniero zuriqués Jakob Ochsner diseñó primero un vehículo para transportar la basura, con el fin de vaciar los cubos de basura sin levantar polvo. A este invento siguió en 1902 un gran triunfo, el cubo de basura desarrollado por él y homologado, fabricado en chapa galvanizada. Este cubo, que con los años se declaró obligatorio en muchas ciudades, contribuyó a disminuir sustancialmente los problemas de salud e higiene. Hace tiempo que el llamado «cubo Ochsner», que caracterizaba el paisaje callejero hasta los años 70, es un icono industrial de Suiza. El nombre del sello en relieve con la inscripción «Patent Ochsner» resuena hasta ahora. Una de las bandas musicales más conocidas de Suiza que canta en dialecto se apropió de este nombre, y del arcén «Patent Ochsner» dio un salto a los escenarios para conciertos en toda Suiza.

«También para los alimentos que tiramos se usan materias primas – energías no renovables, fertilizantes, pesticidas, agua potable». Para producir el trozo de carne que tiramos a la basura ha habido que alimentar al cerdo con soja, para cuyo cultivo en Latinoamérica posiblemente se haya tenido que explotar parte de la selva: «Para producir cada trozo de carne que se tira se han tenido que utilizar piensos en vano, sometiendo así a la naturaleza a una presión innecesaria».

Las interconexiones expuestas por Harder no son de poca monta. Un 30% de toda la carga medioambiental se debe al consumo de alimentos. Y si se tira un tercio de los alimentos producidos para el consumo humano, dicha pérdida significa que un 10% de la carga medioambiental es atribuible a alimentos producidos pero nunca consumidos. Lo provocativo de este razonamiento es que si se evitan estas pérdidas, nadie tendría que renunciar a la ración de comida consumida hasta ahora.

El problema moral y ético del derroche de alimentos es evidente, los alimentos que se tiran en el mundo entero bastarían, según la FAO, para alimentar a más de tres mil millones de personas. Lo más tardar desde la crisis alimentaria en 2007 y 2008, cuando la cifra mundial de desnutridos se disparó de unos 850 millones a mil millones, Suiza ya no puede ignorar tales estimaciones. Para Vinzenz Jung, desde entonces las cuestiones medioambientales son indisolubles de las morales: «Si utilizamos recursos para producir alimentos que finalmente tiramos, estamos asimismo socavando la capacidad de una parte de la población mundial de alimentarse a sí misma».

«¿Qué tiene que cambiar? Werner Harder dice: «Los productos de alimentación son productos para la vida. En el futuro hay que enseñar mejor en las escuelas y durante la formación profesional el valor de la alimentación». La meta de sensibilización de Harder es simple: hay que aprender otra vez a comprobar con nuestros propios sentidos si un alimento está en buenas condiciones. «Hoy, a menudo tiramos un yogur sin abrirlo porque la fecha tope de consumo ha expirado». La meta debe ser al menos abrir la tapa: «Y es que lo más probable es que todavía esté en perfectas condiciones».

No obstante, la Confederación no quiere delegar la responsabilidad sólo a las instituciones de educación. Junto con otras ofici-



Materiales como el cobre, el aluminio o también el oro se extraen de la criba de la escoria de plantas de incineración de basuras



Las gigantescas cantidades de residuos vegetales procedentes de jardines y cocinas se convierten en mantillo para los jardines cuando se los recicla correctamente



En Europa, cerca de un tercio de los alimentos acaba en la basura. Foto de la exposición «food waste» en Basilea

nas federales, la OFAG ha incluido en un diálogo de especialistas a todos los que toman decisiones en la cadena alimentaria, desde los campos de cultivo hasta el plato. El objetivo es alentar a todos los participantes a contribuir a la reducción de las pérdidas, tanto a productores como procesadores, comerciantes y especialmente al sector de la gastronomía. Además, la Confederación ha impulsado un diálogo entre científicos. Y la nueva Oficina Federal de Veterinaria y para la Seguridad de los Productos de Alimentación se ocupará de la apremiante cuestión de si Suiza debería fechar la caducidad de los alimentos y de qué modo.

Coop ha reaccionado

No obstante, Suiza no puede citar cuáles son sus metas concretas en cuanto al derroche de alimentos – a diferencia de la UE, por ejemplo, que quiere reducir al 50% las pérdidas de productos de alimentación de aquí a 2050. Harder: «Si bien es posible fijarse una meta como esta, contabilizar también y exhaustivamente las cantidades de basura para calcular hasta qué punto se han alcanzado las metas propuestas apenas sería viable debido a los gastos que ello conlleva». Pero este especialista agrícola también está satisfecho sin listón: «Me alegro de que en un lapso de tiempo muy breve se hayan lanzado tantas iniciativas en Suiza para reducir el derroche de alimentos». Jung cree que la disponibilidad a entrar en razón también es relativamente amplia: «Muchos consumidores cambian de actitud cuando son conscientes de la envergadura del derroche». El mercado les da ya la razón: así, el mayorista Coop introdujo en el verano de 2013 la marca «Únique» – concebida para «la fruta y la verdura que no se adaptan a la norma», y que «muestran claramente los caprichos de la naturaleza». La zaná torcida, la coliflor enorme y el albaricoque ligeramente moteado por el granizo vuelven a verse en los estantes de las tiendas – y se venden sin problema.

Pero en lo referente al derroche, Suiza quiere saber con mucha más exactitud lo que pasa, y por ello rastrea minuciosamente los cubos de basura de la nación cada diez años. En el curso del último análisis de los años de basura de la nación cada diez años, en el curso del último análisis de las bolsas de basura se examinó detenidamente, por encargo de la Confederación, el contenido de las bolsas de basura de más de 30 municipios seleccionados, en base a 23

criterios y separándola cuidadosamente una vez pesada y analizada. En primavera se publicarán los resultados. En particular Harder y Jung esperan una cifra con impaciencia, ya que por primera vez también se calculará cuántos alimentos acaban en la basura en su envase original.

Los Zuber necesitan 2,8 planetas

¿Y qué nos depara el futuro? Michel Monteil, de la OFMA, dice que Suiza puede solucionar actualmente incluso cuestiones muy complejas de la gestión de residuos, pero nunca se puede descartar que nuevos productos y nuevos hábitos de los consumidores creen nuevos problemas ambientales y de residuos.

Visto con una cierta distancia, el problema principal sigue siendo el excesivo consumo de recursos naturales en Suiza. «Si todos quisieran vivir como nosotros en Suiza, necesitaríamos 2,8 planetas», dice Monteil. Ante esta desconcomunal huella ecológica, el Consejo Federal quiere reaccionar con medidas especiales en pro de una economía verde. Según su «plan de acción economía verde», Suiza deberá usar mucho más eficientemente las materias primas y la energía. Como parte del plan para lograrlo se creará una legislación medioambiental más estricta, se reducirá el derroche de alimentos y se fomentará la ampliación del reciclado, para tratar de que la huella ecológica de los suizos disminuya en 30 años y necesitemos 1,8 en vez de 2,8 planetas.

No todos aplauden estas medidas. Ciertos sectores de la economía temen intervenciones dirigidas. Diversas organizaciones medioambientales desean pautas más radicales. El partido de los Verdes quiere definir metas vinculantes, y reivindica el lanzamiento de una iniciativa popular en pro de una economía verde y que se alcance el objetivo «Eine Erde» (una tierra) de aquí a 2050. En el debate político intervienen además críticos con ideas muy distintas, que opinan que para lograr un mundo realmente mejor hay que renunciar: ni las camisetas «verdes» son ecológicamente gratuitas.

MARC LETTAU es redactor de «Panorama Suizo»